



SOFÍA

COMIENZA A COMPRENDER

— Un relato de Huellas y Alas —

*Observar antes de interpretar.
Comprender antes de juzgar.*

Observar antes de interpretar. Comprender antes de juzgar.

Sofía se había despertado como todas las mañanas para ir al colegio.

Mientras se ponía la mochila, solo podía pensar en el recreo y en el bocadillo que compartiría con sus amigos.

Pero, al llegar a clase, el profesor les presentó una sorpresa.

—Chicos, ella es Elena. Hoy es su primer día con nosotros.

Elena entró despacio y se quedó junto a la puerta, sujetando con fuerza las asas de su mochila. El profesor le indicó que se sentara al lado de Sofía.

—¡Hola! —la saludó Sofía con una sonrisa.

Elena bajó la mirada y no contestó.

El profesor tenía algo más que anunciar.

—Y tengo otra sorpresa: ¡hoy nos vamos de visita al zoológico!

Sofía abrió mucho los ojos. No podía creerlo. ¡Iban al zoológico!

Más tarde, en el autobús, Sofía intentó hablar con ella de nuevo, pero Elena se puso los auriculares y se quedó mirando por la ventana.

Sofía se inclinó hacia su mejor amigo.

—Es un poco antipática. No habla con nadie y parece que nos ignora.

Al llegar al zoológico, un guía los recibió para acompañarlos durante el recorrido.

La primera parada fue el recinto de los chimpancés. Uno de ellos permanecía apartado del grupo. Tenía el cuerpo encogido y, durante unos segundos, mostró los dientes.

—¡Mirad! —dijo Sofía—. ¡Les está amenazando!

El guía negó suavemente con la cabeza.

—Eso es lo que parece a primera vista. Pero enseñar los dientes no siempre significa lo mismo que para nosotros. Para entender una conducta tenemos que fijarnos en más cosas: qué hace el resto del cuerpo, qué estaba pasando antes, quién hay alrededor...

Los niños volvieron a observar al chimpancé.

—Este acaba de incorporarse al grupo —continuó el guía—. Todavía se está adaptando. Esa expresión puede aparecer en situaciones de tensión o inseguridad. Si solo miramos sus dientes, podemos interpretar mal lo que está ocurriendo.

Sofía volvió a mirarlo.

Los dientes eran los mismos.

Pero ahora la escena le parecía diferente.

Continuaron el recorrido hasta llegar a los leones. Bajo la sombra de un árbol descansaba un gran macho. Tenía los ojos medio cerrados y, de vez en cuando, lanzaba un potente rugido.

—¡Ese sí que está enfadado! —dijo uno de los niños—. Parece que quiere atacar a alguien.

El guía sonrió.

—¿Qué habéis visto realmente?

Los niños se quedaron pensando.

—Está tumbado —dijo uno.

—Tiene los ojos casi cerrados —añadió otra niña.

—Y ha rugido —dijo Sofía.

—Exactamente. Eso es lo que sabemos —respondió el guía—. Los leones pasan muchas horas descansando y también utilizan los rugidos para comunicarse a distancia. Escuchar un rugido puede impresionarnos mucho, pero no basta para saber qué está sintiendo un león ni qué va a hacer.

Sofía empezó a entender: una cosa era lo que veía y otra, lo que su cabeza imaginaba a partir de ello.

La última parada fue el estanque de los flamencos.

Las aves caminaban tranquilamente por el agua hasta que el grupo de niños se acercó hablando y riendo. Entonces, varios flamencos comenzaron a alejarse juntos hacia el otro extremo del estanque.

—¡Vaya! —exclamó Sofía—. Parece que no les caemos bien.

El guía se rio.

—O quizá simplemente quieren más distancia.

Sofía lo miró.

—¿Porque tienen miedo?

—Puede ser. O pueden estar incómodos, alerta o simplemente prefieren alejarse del ruido. No siempre podemos saber exactamente qué siente un animal. Pero sí podemos observar lo que hace y respetar lo que nos está mostrando.

Sofía se quedó mirando a los flamencos.

No sabía exactamente qué sentían.

Pero sí sabía algo: se habían alejado.

Y eso ya era información importante.

Antes de continuar, el guía reunió al grupo.

—Hoy habéis descubierto algo que sirve para observar animales, pero también para muchas otras cosas. Nuestra cabeza intenta encontrar explicaciones muy rápido. El problema es que, a veces, decide lo que está ocurriendo antes de tener toda la información.

Sacó cuatro tarjetas.

VEO: describo únicamente lo que puedo observar.

PIENSO: reconozco la explicación que mi cabeza está imaginando.

ME FALTA: me pregunto qué información todavía no conozco.

AHORA COMPREENDO: con la nueva información, reviso mi primera idea y trato de entender mejor lo que está ocurriendo.

Durante el viaje de vuelta, el cansancio había dejado el autobús mucho más silencioso.

Sofía miró hacia Elena.

Seguía callada. Tenía la mochila abrazada contra el pecho y llevaba puestos los auriculares.

Por un instante pensó:

No quiere hablar con nosotros.

Pero enseguida recordó las cuatro tarjetas.

VEO: Elena habla poco, mira mucho por la ventana y lleva los auriculares puestos.

PIENSO: Creo que no quiere hablar conmigo.

ME FALTA: No sé por qué lo hace.

Sofía se detuvo.

Llegaba el tercer paso.

Y entonces comprendió algo.

No podía completar el último paso ella sola.

Necesitaba más información.

Sofía se acercó al asiento de Elena.

—¿Te importa si me siento contigo?

Elena levantó la mirada y negó con la cabeza.

Sofía se sentó a su lado y se abrochó el cinturón.

Durante unos segundos ninguna dijo nada.

—Esta mañana pensé que no querías hablar con nosotros —dijo Sofía al fin—. Pero luego me he dado cuenta de que en realidad no sabía por qué estabas tan callada.

Elena se quitó uno de los auriculares.

—Es que habláis todos tan rápido... —respondió bajito—. Y ya os conocéis. Me daba vergüenza decir algo y que pensarais que soy rara.

Sofía abrió mucho los ojos.

—¿De verdad?

Elena asintió.

—Pensé que no os caería bien.

Y entonces llegó el cuarto paso.

AHORA COMPRENDO: Elena no me estaba ignorando. Estaba nerviosa porque era su primer día y no sabía cómo acercarse a nosotros.

Sofía sonrió.

—Pues mañana, si quieres, puedes venir conmigo al recreo. Te enseñaré dónde solemos estar.

Una pequeña sonrisa apareció en la cara de Elena.

—Vale.

Y, poco a poco, empezaron a hablar. Primero del zoológico. Después de los chimpancés. Luego del bocadillo que Sofía no había conseguido terminar y de lo mucho que a Elena le habían gustado los flamencos.

Cuando el autobús llegó al colegio, las dos seguían charlando.

Aquel día, Sofía aprendió muchas cosas sobre los animales.

Pero quizá la más importante no estaba escrita en ningún cartel del zoológico:

ver algo no significa saber por qué ocurre.

A veces nos falta información.

A veces necesitamos observar un poco más.

Y, otras veces, necesitamos darle al otro la oportunidad de contarnos su parte.

Porque mirar es solo el principio.

Comprender viene después.